

Respuesta a Orçun Selçuk

Por Laura Gamboa*

Agradezco a Orçun Selçuk por su cuidadosa reseña. Las preguntas y los comentarios que plantea son no sólo pertinentes e interesantes, sino insumos importantes para enriquecer y avanzar el debate y la investigación sobre estos temas.

En esta respuesta, quisiera empezar discutiendo la aguda observación que hace Selçuk respecto a las similitudes entre el caso de erosión democrática de Daniel Ortega (2007-presente) y Viktor Orbán (2010-presente). En mi libro, señalo cómo ambos casos se desvían de la teoría. Tanto en el caso de Nicaragua como en el de Hungría, la oposición utilizó estrategias moderadas institucionales contra estos líderes con aspiraciones hegemónicas. En ambos casos los jefes de Estado lograron erosionar la democracia. La rapidez con la que actuaron, señalo en el libro, es clave para explicar ese resultado. La teoría de *Resisting Backsliding* se basa en el supuesto de que, como la erosión democrática es un proceso de autocratización que sucede gradualmente, la oposición tiene oportunidades y recursos para combatirla. Ese no fue el caso en Nicaragua o en Hungría, donde líderes con tendencias autoritarias llegaron al poder controlando congreso, cortes y organismos de control (Nicaragua) o con la capacidad de controlarlos casi inmediatamente después de su posesión (Hungría).

Selçuk se pregunta si el hecho de que tanto Daniel Ortega como Viktor Orbán hayan sido jefes de Estado en el pasado —entre 1979-1990 y 1998-2002, respectivamente— les ayudó a agilizar el proceso de erosión democrática. Es difícil contestar esta pregunta sin hacer una investigación empírica exhaustiva. Sin embargo, no se puede negar que hay un patrón entre la experiencia en la presidencia o la oficina del primer ministro y la agilidad con la que líderes con tendencias autoritarias destruyen el sistema de pesos y contrapesos. Esto es evidente cuando comparamos la primera (2017-2021) y segunda (2025-presente) administración de Donald Trump en Estados Unidos. En su segundo periodo, el presidente norteamericano ha sido mucho más ágil y preciso en sus esfuerzos por desmontar los contrapesos al ejecutivo, de lo que fue en 2017. En su primer mandato la infraestructura de pesos y contrapesos resistió relativamente bien los ataques del mandatario. En su segundo periodo, el jefe de Estado logró, en cuestión de semanas, diezmar la burocracia federal, cooptar agencias independientes de control, arrogarse poderes que pertene-

* Laura Gamboa es profesora asociada de Democracia y Asuntos Globales de la Escuela Keough de Asuntos Globales, University of Notre Dame. O211 Hesburgh Center for International Studies Notre Dame, IN, 46556 USA. Tel: (+1) (574) 631-7099. Correo-e: lgamboa1@nd.edu. ORCID: 0000-0002-4873-1764.

Recibido el 9 de febrero de 2026 y aceptado para su publicación el 26 de febrero de 2026

cían al legislativo y utilizar fondos federales para constreñir la capacidad de la sociedad civil para combatir abusos de poder (Carrier y Carothers, 2025).

Los mecanismos por medio de los cuales esta primera experiencia facilita la erosión democrática en periodos posteriores son objeto de investigación. Es posible que la ventaja sea la capacidad del líder con tendencias autoritarias de utilizar su primer periodo para identificar obstáculos y ventanas legales e institucionales para avanzar su agenda autoritaria. También se puede pensar que la experiencia previa, le permite al ejecutivo observar cuáles son los recursos institucionales clave para la oposición y atacarlos ágilmente una vez que regresa al poder. Otra alternativa (no necesariamente excluyente) es la capacidad de utilizar el primer periodo como un examen de lealtad que le permite al jefe de Estado rodearse de personas más dispuestas a avanzar su programa.

En su reseña, Selçuk también reflexiona sobre los determinantes de las decisiones estratégicas de la oposición. Se pregunta, en particular, en qué medida las diferencias en recursos y apoyo popular podrían haber influido en los cálculos tácticos los grupos opositores. Hugo Chávez y Álvaro Uribe, señala, no generaron el mismo nivel de animadversión. El bloque anti Chavista era más numeroso que el bloque anti Uribista. Es posible, concluye en su reseña, que la oposición en Venezuela se sintiera más amenazada que la oposición en Colombia y reaccionara en consecuencia. De igual forma, los recursos que las oposiciones a estos líderes tenían eran disímiles. La oposición venezolana tenía más apoyo popular y acceso a las fuerzas armadas. La oposición colombiana tenía menos apoyo popular y ningún acceso a las fuerzas armadas. Estrategias extrainstitucionales, concluye mi interlocutor, eran por lo tanto más asequibles para la primera que para la última.

Selçuk tiene razón en que *Resisting Backsliding* no dice mucho sobre las razones de la oposición para escoger estrategias u objetivos. En el capítulo teórico (pp. 44-45) especulo brevemente sobre los factores que podrían impactar las decisiones tácticas de la oposición y en los capítulos empíricos (pp. 98-177) muestro cómo ambas oposiciones tenían espacio para escoger estrategias diferentes a las que escogieron. En Venezuela, la oposición tenía acceso a curules en el Congreso y jueces afines. En Colombia, si bien el ejército nunca hubiera apoyado un golpe de Estado, la oposición podría haber mantenido una línea más amigable y colaborativa con poderosos grupos armados de izquierda. En ambos casos, decidieron hacer lo contrario. En Venezuela, la oposición decidió arriesgar su acceso a espacios institucionales utilizando estrategias radicales extrainstitucionales. En Colombia, la oposición tomó una decisión consciente no sólo de no colaborar con grupos armados (que era algo que venía haciendo desde hacía varios años), sino de rechazar sus acciones activa y explícitamente.

La pregunta que hace Selçuk, sin embargo, apunta a una agenda de investigación interesante. Quiénes componen los grupos opositores, qué tan amenazados se

sienten, qué espacios o recursos institucionales o extrainstitucionales tienen y cómo perciben que estos recursos repercuten en las decisiones que toman las oposiciones a la hora de reaccionar frente a abusos de poder. ¿Cuál es el efecto de estos factores? ¿Qué tanto pesa cada uno de ellos? ¿En qué condiciones se activan unos, pero no otros? Son todos cuestionamientos interesantes para los que aún no tenemos una respuesta muy clara.

Al final de su reseña, Selçuk hace dos preguntas interesantes. Por un lado, nos recuerda la doble cara que tienen estos líderes autoritarios. Si bien es cierto que usan y abusan del poder eventualmente erosionando la democracia liberal, también es cierto que traen a la arena política ciudadanos que antes no estaban en ella. Esto es verdad para Hugo Chávez, pero también para Donald Trump. En mi libro trato de reconocer las circunstancias que traen a líderes con aspiraciones hegemónicas al poder. No podemos entender la elección de Uribe o Chávez —o en su defecto Andrés Manuel López Obrador (2018-2024) en México o Nayib Bukele (2019-presente) en El Salvador— sin tener en cuenta las crisis económicas, de seguridad y de representación a las que estos líderes responden. El sistema de pesos y contrapesos es, en mi opinión, necesario para cualquier democracia (participativa o no), pero también es insuficiente. Mi libro estudia las estrategias que mejor funcionan para proteger ese sistema de pesos y contrapesos de una amenaza inmediata, no como el último o único paso para proteger la democracia, sino como un primer escalón para expandirla.

En Colombia, el ascenso de Juan Manuel Santos (2010-2018) en reemplazo de Álvaro Uribe permitió no sólo reequilibrar el sistema de pesos y contrapesos (Andrews-Lee y Gamboa, 2022), sino también llevar a cabo el proceso de paz con las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). Este acuerdo, firmado seis años después de que Uribe dejara el poder y con la firme oposición del exmandatario, transformó la arena política colombiana permitiendo el debate de temas socioeconómicos tradicionalmente opacados por el conflicto interno y, eventualmente, la elección del primer presidente de izquierda en nuestra historia (Botero *et al.*, 2023). Hoy la democracia colombiana no es perfecta, pero es radicalmente diferente a lo que era en 2010. Evitar la erosión democrática durante el gobierno de Uribe no fue el último paso de este proceso de profundización democrática, sino una condición necesaria para que se diera.

La segunda pregunta que hace Selçuk al final de su reseña se refiere a Estados Unidos. El autor expresa curiosidad sobre la utilidad de la teoría de *Resisting Backsliding* en un caso como el norteamericano. No sé si tengo una respuesta satisfactoria, pero esta pregunta me permite hacer unas reflexiones finales sobre mi libro y la generalización de su teoría. Algunas de las lecciones aprendidas de los casos de Colombia y Venezuela son relevantes para casos como el estadounidense. Estrategias extrainstitucionales con objetivos radicales han demostrado ser altamente

perjudiciales hasta el día de hoy. Sería un gran error para los demócratas abstenerse de participar en las elecciones de noviembre de 2026 incluso si estas se desarrollan en contextos desiguales. No sólo pierden la oportunidad de ganar curules que pueden darles la mayoría en la Cámara de Representantes, sino la oportunidad de fortalecer su maquinaria electoral, testear candidatos, atraer votantes o generar entusiasmo para las elecciones de 2028.

Casos recientes han demostrado, sin embargo, que sería un error participar en elecciones injustas sin un plan para contrarrestar las desigualdades electorales. Estrategias moderadas institucionales han probado ser particularmente útiles en conjunto con estrategias moderadas extrainstitucionales. Casos como el de Guatemala (2023) —en el que Bernardo Arévalo decidió participar en elecciones injustas y la sociedad civil se movilizó para garantizar que su victoria se respetara (Schwartz, 2024)—, por ejemplo, nos recuerdan la importancia de la movilización popular para defender resultados electorales en contextos autoritarios o al borde de la ruptura democrática, como Estados Unidos.

Casos como el de Guatemala también nos recuerdan la importancia de tener audiencias nacionales e internacionales con preferencias normativas por la democracia para el éxito de estrategias moderadas institucionales (y extrainstitucionales). La teoría que desarrollo en *Resisting Backsliding* asume líderes que, deseosos de mantener una careta democrática, son reacios a utilizar estrategias que podrían marcarlos como autoritarios. Y recurren a la represión o aumentan su control sobre entidades estatales sólo cuando la oposición les da “razones legítimas” para hacerlo. El rápido y osado proceso de erosión democrática en Estados Unidos cuestiona la validez de esa suposición. Como bien pregunta Selçuk, ¿en un mundo donde el presidente de Estados Unidos es abiertamente autoritario, qué incentivo tienen líderes en otros países (sobre todo en América Latina) para aparecer democráticos?

Este es un buen momento para recordar que la erosión democrática sigue siendo una guerra de narrativas. Si bien es cierto que los incentivos internacionales para aparecer democrático han disminuido, líderes con tendencias autoritarias siguen teniendo incentivos domésticos para reclamar un manto de democracia. La lucha por definir qué acciones son o no son autoritarias, sigue siendo una de percepciones. En ese sentido, la teoría sigue aplicando a casos de erosión democrática recientes. Hay acciones que facilitan la construcción de narrativas que protegen a la oposición (*i.e.* obstrucción legislativa, activismo judicial o resistencia no-violenta) y acciones que facilitan la construcción de narrativas que dañan a la oposición (*i.e.* movilizaciones en las que hay violencia marginal). Un ejemplo perfecto de esto son las reacciones a los asesinatos extrajudiciales y violaciones al debido proceso por parte de las agencias de control fronterizo en estadounidenses en 2025 y 2026. Utilizando estrategias que resaltaban estas extralimitaciones (*i.e.* resistencia no-violenta, tácticas jurídicas y legislación subnacional), la oposición neutralizó (por lo menos

temporalmente) la narrativa antiinmigrante que había utilizado con cierto éxito la administración para justificar el despliegue de miles de agentes de Inmigración y Control Aduanero (Immigration and Customs Enforcement, ICE) y Aduana y Protección de Fronteras (Customs and Border Protection, CBP) en ciudades como Chicago y Minneapolis. Los abusos de los agentes (debidamente grabados) respaldados por discursos de alcaldes, gobernadores y (particularmente importante) jefes de policía y alguaciles deterioraron la imagen del gobierno obligándolo a hacer concesiones que empoderaron a senadores demócratas para renegociar contrapesos que limitaran el margen de acción de estas agencias.

Termino aquí en una nota positiva. Agradezco a Orçun Selçuk por su reseña y comentarios, así como a *Política y Gobierno* por darme la oportunidad de leer y reseñar el libro de mi interlocutor, y pensar y responder las preguntas y comentarios que él me hizo. 